

drama, romper las barreras del "teatro de lo sabido" para adentrarse en una serie de interrogaciones. Quien no llegue a ellas, quien se quede en la "historia", empeñándose en darle principio y fin, ordenando las piezas para que todo cuadre, temo que se habrá quedado en una parte de la propuesta. Exactamente igual a

como les sucederá a quienes valoren "literariamente" el texto, sin entender que, las más de las veces, es un lenguaje automático, grosero, cruel, contra el que los locos intentan alzar su poesía —en el sentido de creación— y su misterio.

La elección de la obra es un tanto del TEC y un modo muy po-

sitivo de inaugurar el teatro del Círculo de Bellas Artes y de marcarle —bajo la orientación del Centro de Documentación Teatral— su destino. El trabajo de William Layton, el director, se inscribe en su admirable y generosa investigación del trabajo teatral. A mi modo de ver, algunos actores "componen" el per-

sonaje en lugar de explotar su locura; también me parece que la historia queda demasiado cerrada. Supongo que, en parte, esto viene dado por el temor incosciente a las exigencias del público, a quien hay que ofrecerle algunas "pistas" para que componga la anécdota y no se sienta defraudado.

ADIOS A LAS LETRAS

Surrealistas en una ambulancia

WH. Auden, el gran poeta inglés, se pasó la vida huyendo de su origen y acabó siendo un recalcitrante norteamericano. El mismo aventuró su condición de fugitivo perpetuo en una reflexión sobre su compatriota británico, el espía soviético Guy Burgess. Como Burgess, Auden era homosexual proveniente de los círculos intelectuales de Oxford y Cambridge, donde las lealtades a los amigos se confundieron en algún momento con las lealtades al modelo soviético. De Burgess el espía aprendió Auden el poeta la manía de marcharse: "Inglaterra es terriblemente provinciana. Todo parece un negocio familiar. Yo sé exactamente por qué Guy Burgess se fue a Moscú. No fue suficiente para él ser un marica y un borracho. Tenía que revelarse aún más para decir adiós a todo esto. Eso es lo que yo he hecho al convertirme en ciudadano norteamericano".

Uno de los episodios de la constante huida de Auden tuvo como destino España, como todo el mundo sabe. Ahora se acaba de publicar en Londres la única biografía existente del poeta, que a su muerte ordenó que se quemaran sus papeles personales y que dejó prohibido que nadie osara contar su vida. Charles Osborne, que fue amigo del escritor, muerto en 1973, ha contravenido esa orden del viejo Wistan y ha ofrecido datos inéditos de una existencia que fue feliz y atormentada, la vida de un ser predestinado por sí mismo a ser uno de los grandes poetas del siglo.

En esa insólita biografía se narra el viaje español de W. H. Auden. Es la crónica de una frustración, quizá la mayor que sufriera el escritor in-

glés, acostumbrado a triunfar con sus talentos en todas las sociedades a las que se dirigió. A España vino a integrarse en las Brigadas Internacionales como soldado de la República. Duró pocas semanas entre nosotros, y no por temor a la guerra y miedo a sus consecuencias, sino porque aquí lo consideraron de la más notoria inutilidad. Auden era uno de los peores conductores del mundo, según su reciente biógrafo, y dando muestras de una perspicacia poco común, la República se negó a tenerle como chófer de una ambulancia, después de haberle rechazado como presunto soldado. Poco le quedaba a Auden por no hacer en el suelo republicano, así que probó a ser él mismo: dominador de la palabra. Se ofreció como propagandista de la causa republicana, y en ese terreno fue también de una sonora inutilidad, porque hablaba desde España y en inglés, usando una emisora que cubría un radio no superior a los 25 kilómetros. Así que, impelido por la duda acerca de sus inexistentes capacidades bélicas, Auden abandonó las Brigadas Internacionales y regresó a los verdes campos del edén.

Pero hay una última razón por la que Auden huyó, también, de España. Antes de hacer su viaje había escrito a un amigo de su familia: "He decidido irme en Año Nuevo, tan pronto como el libro (Cartas desde Islandia) esté terminado, para unirme a las Brigadas Internacionales en España. Me disgustan tanto las actividades políticas cotidianas que rehúso hacerlas, pero hay algo que puedo hacer como ciudadano y no como escritor, y como nadie depende de mí, pienso que debo ir; pero deseo con fervor que no haya allí demasiados surrealistas".

Había demasiados, en efecto; algunos iban en ambulancia, como conductores, y otros no. Auden huyó de ellos como alma que lleva el diablo y así se pasó toda la vida. De los últimos surrealistas de los que huyó fue de Ginsberg y compañía, que iban de otro cuélgue, pero que también le perturbaban de manera indecible. Nada, pues, le resultó más repugnante que ver al pope beat arrodillado ante él besándole el borde de los pantalones. No le sacudió la ceniza de su cigarrillo sobre la cabeza porque tenía Auden mucho respeto a las calvas. ■ SILVESTRE CODAC.

Nota.—De tal modo esta sección es un adiós permanente, que la pasada semana se fugó hasta el título, Adiós a las letras, que se quedó en los talleres tomándose la larga siesta de una semana. Hoy queda restituido, como un homenaje a la perpetua despedida que tenemos ensayada.



"El cero transparente", de Alfonso Vallejo.

En todo caso, estamos ante un espectáculo de gran dignidad, con momentos espléndidos y una atención a la imagen —escenografía de Javier Navarro, diseño de iluminación de José Luis Rodríguez— que merece la mejor calificación. Layton afronta un trabajo difícil, una exploración orgánica insólita, con seres privados de continuidad psicológica, empujados a rebeliones límite y lo hace con su ejemplar honestidad de siempre, en busca del compromiso radical del actor. Aunque esta vez haya quien se "quede" en personaje y quien consiga, como debe ser, serlo y destruirlo. Fernando Delgado, Julián Argudo, Kino Pueyo, Claudia Gravi, Fernando Sotuela, Antonio Llopis, Juan Pastor y Amalia Curieses conforman el reparto.

Madrid tiene una nueva sala. El teatro español, un nuevo autor. Entre el escepticismo de los falsos maestros y los errores de los neófitos, el discurso del teatro español de nuestros días, del que escriben nuestros autores, va abriéndose, difícil e implacablemente, paso. Y que a ningún Martínez le digan que es un apellidado feo o que está de moda. Le guste o no, así se llama. ■ JOSE MONLEON.

Wystan Hugh Auden.

